

Salvador á Jairo: « Cree firmemente, y tu hija será curada. El estado deplorable en que la encontró, hizo que mudase de sentimientos, y la llevó al Santo, expresándole el más vivo arrepentimiento de su falta. Auxencio le reprendió su incredulidad: le dijo que no había dado gratificación alguna á su hija, para que se fingiese poseida por el demonio: que sólo á Dios, y no á él, debían atribuirse los milagros que obraba; que para castigar su incredulidad había permitido Dios que sobreviniese aquella desgracia á su hija. Libró á ésta del maligno espíritu, dejándola enteramente curada, y tanto al padre como á la hija, les recomendó que asistiesen con frecuencia á la iglesia, pues ántes nunca la visitaban.

Hemos dicho que una de las razones que determinaron á san Auxencio á renunciar al mundo, era no presenciar los males que, por revelación divina, sabía que habían de causar las herejías á la Iglesia. La de Nestorio era muy odiosa á la corte, cuando la abandonó en el año 449; pero la de Eutíques aún no era conocida. Es de suponer que tuviese alguna amistad con él, pues ántes de que este herejarca manifestase sus errores, pasaba por un gran siervo de Dios. Por último, habiendo muerto Teodosio el Joven, y habiéndose congregado el concilio de Calcedonia en tiempo de Marciano, á quién santa Pulqueria había encomendado la dirección del imperio, era de temerse que el Santo se inclinase á los sentimientos de Eutíques, lo que hubiera sido un motivo de grande escándalo para la Iglesia. Así es que tanto el emperador como algunos obispos creyeron conveniente llamarle, para que diese cuenta de su fé.

Algunos de estos prelados vinieron á visitarle á su celda, significando de esta manera la importancia que se daba á su adhesión; pero el Santo les respondió que no era propio de los monjes el instruir, sino el ser instruidos por los obispos. Pero lo que quería saberse era como opinaba acerca

de los puntos que se debatían, así es que el emperador le envió nuevamente á algunos eclesiásticos y monjes acompañados de soldados para persuadirle á que se presentase personalmente, ó que le llevasen á la fuerza, si oponía alguna resistencia. Como, efectivamente, se resistía á salir de su clausura, quisieron violentarle, infiriéndole algunas injurias, y trantándole de insensato. Pero no pudieron abrir su puerta, no obstante lo que trabajaron carpinteros y cerrajeros durante toda la noche. Cuando llegó el día, les dijo con dulzura: « Padres y hermanos míos, os ruego que me digais de que error se me acusa, y tan luego como me lo digais, Dios no opondrá ninguna dificultad á que se abra la puerta de mi celda. » — Le respondieron, que habiendo hecho venir el piadosísimo emperador Marciano á los obispos de todos los países del mundo para decidir de la fé ortodoxa, era extraño que se resistiese á comparecer, cuando era llamado: que no ignoraba los males que Nestorio había causado en la Iglesia, rehusando creer que la santísima Virgen María era verdaderamente Madre de Dios, y que posteriormente Eutíques renovaba los errores de Apolinar, y negaba que Jesucristo tuviese una carne verdadera, diciendo que sólo era hombre en apariencia.

A lo cual respondió san Auxencio, que creía sinceramente que el Verbo tomó real y verdaderamente carne humana de la santísima Virgen María, sin dejar de ser virgen: que lo odoraba como hijo único de Dios Padre, que, como éste, es eterno, que al fin del mundo ha de aparecer revestido de su humanidad, y que era una impiedad, no reconocer en el Hijo de Dios más que la humanidad, como algunos se habían atrevido á asegurar.

Esta respuesta dió á conocer que el Santo ignoraba lo que había acaecido en el concilio de Calcedonia en orden á la herejía de Eutíques: pues habría hablado más claramente para condenarla como lo hizo, cuando se le partici-

paron las decisiones del concilio. Viendo que, á pesar de esta confesión, insistían los diputados en hacerle salir, levantó sus manos al cielo, y les dijo que se pusiesen en oración; pero como hiciesen esfuerzos inútiles para abrir la puerta, dijo por tres veces: «Bendito sea Dios», y al punto se abrió. Quedaron espantados al verle; ¡tanto le habían extenuado sus austeridades! Su cuerpo estaba cubierto de llagas, de las que salían pus y gusanos. Al mismo tiempo se le cayó de un pié una uña, que se apresuró á recoger uno de los habitantes de la campiña, que tenía más fé que los demás. La humildad del Santo no podía permitir semejante acción, así es que, lleno de amargura, le dijo: «¿No soy un hombre como vos? Os pido que no me deis esta pena.»

Como el Santo se hallaba muy débil para ir á caballo, le subieron en un carro; pero los bueyes permanecían inmóviles por más que se les agujoneaba, hasta que Auxencio les hizo señal de que marchasen con una cruz que llevaba en la mano. Durante el camino arrojó al demonio de los cuerpos de muchos poseidos, y entre otros, del de una nieta del conde Doroteo, que se cree ser el que gobernaba la Palestina en 452 ó 453. Gran número de paisanos corrieron al carro, lamentando su partida, y diciéndole que los demonios habían entrado en los cuerpos de sus ganados; pero bastó su palabra para que huyesen los espíritus malignos. Los que le acompañaban estaban extraordinariamente admirados de tantos prodigios, y apenas podían creer lo que veían con sus propios ojos. Pero Dios, que quería valerle de ellos para ejercitar la paciencia de su siervo, al mismo tiempo que le ensalzaba con estos prodigios, permitió que desconfiasen de su virtud, hasta el punto de decirle que los milagros que hacía no eran más que encantamientos para embaucar al mundo. Pero él les contestó humildemente que á nadie pretendía engañar: que toda su gloria

la eifraba en ser siervo de Jesucristo, y que creía en la Beatísima Trinidad, y confesaba que la santísima Virgen era verdaderamente Madre de Dios. De estas palabras se deduce que condenaba la herejía de Nestorio; pero no hablaba de la de Eutiques, porque la ignoraba.

Los pobres á quienes alimentaba en el Monte-Oxio con las limosnas que le proporcionaban personas piadosas, le acompañaron hasta la iglesia de san Talaleo. Los soldados que le conducian no lo llevaban á bién, y el Santo les dijo que se volbiesen á sus casas, asegurándoles que, aunque ausente corporalmente, estaba con ellos en espíritu, lo que les sirvió de gran consuelo.

Se le condujo al monasterio de Fileo, en donde apenas hubo llegado, un jóven llamado Isidoro, y que se hallaba poseido del demonio, se le presentó dando gritos, y lamentándose de que Auxencio había santificado todos los lugares por donde había pasado, arrojando de ellos á todos sus compañeros. «Deja de hablar, le dijo el Santo, deja de hablar, pues sólamente te rogocijas en el mal que haces.» Se le introdujo en el monasterio sin permitir que nadie le hablase, y se le encerró en un calabozo, cual si fuese un criminal; pero desde el interior de esta miserable prisión libró con sus oraciones á este demoniaco. Era tan estrecha la incomunicación en que se le tenía, que ni aún siquiera se permitió que le hablase una señora, á cuya hija había curado milagrosamente, y que no habiéndole encontrado en su montaña, vino á manifestarle su gratitud en este monasterio. No habiendo podido conseguir su objeto, se afligió en extremo, y volvió á su casa inundada en lágrimas, y refiriendo á su marido los malos tratamientos de que era objeto el Santo.

Algunas personas distinguidas pudieron, no obstante, verle, entre otras el general Constantino y el Conde Artaco, que habían asistido al concilio de Calcedonia. Habían te-

nido la dicha de conocerle y de visitarle con frecuencia en su montaña. Le exhortaron á que no diese ocasión á los malos tratamientos de que era objeto, y á procurar la unión de la Iglesia, á lo cual respondió con sencillez: « Hágase la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. » Le ofrecieron algunas monedas de oro, que no aceptó, diciendo que nada necesitaba, y que las repartiesen entre los pobres del Monte-Oxio, y á los monasterios que se hallasen en necesidad. Los religiosos de Fileo se disgustaron de que no hubiese aceptado esta ofrenda; pero estos señores la distribuyeron en la forma que les había recomendado.

Pasaba ordinariamente muchos dias sin tomar alimento alguno, y aún cuando se hallaba encerrado en un oscuro calabozo, no se fiaban los religiosos de su abstinencia, y se propusieron probarle mejor. Colocaron, pues, en su prisión un canasto con raices, dátiles y otros manjares con que se alimentaban los solitarios: encendieron una luz, y durante una semana entera encerraron con él á un niño, á quién ordenaron que observase todo lo que hiciera. Pasado este tiempo, entraron en el calabozo, y vieron que no había tocado al canasto, y que la luz continuaba ardiendo, sin que nadie la hubiese atizado. Preguntaron al niño, y éste respondió que no podía decir otra cosa, sino que, durmiendo, había visto á muchos personajes que, juntamente con el Santo, alababan á Dios, y una paloma que le traía comida. Añadió el niño que el santo varón recogía los gusanos que caían de sus llagas, y los volvía á ellas. San Auxencio le había prohibido que nada de esto dijese, y Dios castigó severamente su desobediencia, pues murió al dia siguiente.

Poco tiempo despues fué trasladado al monasterio del abad Hipaco, cerca del palacio de Rufino ó de la Encina, inmediato á Calcedonia, en el cual fué recibido por este

santo abad y por sus religiosos de muy distinta manera que lo había sido por los de Fileo. Se regocijaron mucho de verle, reconociendo la eminente piedad y los singulares dones con que el Señor le había favorecido, y aún cuando tenían orden de que nadie le hablase, abrieron sus puertas á todos los que quisieron verle, y ejercieron con él todos los deberes de la hospitalidad. Curó á una señora muy distinguida, que se hallaba poseida del demonio, y á otros muchos enfermos.

El emperador Marciano le envió uno de sus bajeles, para que lo condujese á su palacio de Hebdomón, cerca de Constantinopla, con objeto de que prestase su asentimiento á los decretos del concilio de Calcedonia. Cuando le vió en el estado de debilidad, á que le habían reducido sus austeridades, se afectó mucho, y no pudo ménos de mirar con respeto su penitencia. « Sé, le dijo, que sois un gran siervo de Dios, y debeis, por lo tanto, aprobar lo que ha ordenado el santo concilio ecuménico, á fin de que no seáis un motivo de escándalo y de perdición para los que rehusan admitirlos. — ¿ Qué soy yo, respondió Auxencio, sino un perro muerto? ¿ como quiere vuestra Majestad ponerme en el rango de los pastores de la Iglesia, á mí, que necesito ser instruido, y que no soy capaz de instruir á los demás? » — Despues de algunas otras palabras continuó diciéndole el emperador: « Considerad lo que vais á hacer, y no nos aflijais con vuestra resistencia: pues al congregar el santo concilio, no he tenido otro objeto que procurar lo que sea mejor para el bien y tranquilidad de la Iglesia. » En seguida le despidió encomendándose á sus oraciones.

Al regresar al monasterio de Hipaco, encontró á muchas personas que le esperaban. Les exhortó á que no asistiesen á los espectáculos, y á que se abstuviesen de toda acción impura y en general de todo pecado. Les recomen-

dó la pureza de la fé, creyendo firmemente el misterio de la santísima Trinidad, confesando que nuestro señor Jesucristo tomó carne por obra del Espíritu Santo en el seno de María, siempre vírgen y verdadera Madre de Dios, y que asistiesen con puntualidad á los santos oficios que se celebraban en la iglesia. Entre la multitud que le escuchaba, había muchos enfermos, que se apresuraron á besar su mano, y quedaron curados. Del número de estos era una pobre mujer que hacía muy poco tiempo que había contraído matrimonio y que tenía una legión de demonios en el cuerpo.

El emperador le llamó segunda vez, y le preguntó si aprobaba las decisiones del santo concilio de Calcedonia. « ¿ Como he de aprobarlas, contestó, si no enseña que la santísima Vírgen es verdadera Madre de Dios? » — Esta contestación demuestra, que no sólomente el Santo no había asistido al concilio, sino que ignoraba lo que en él se había decidido contra Eutíques, y que temía fuese contrario á lo aprobada en el de Éfeso contra Nestorio, como querían inculcar los eutiquianos á los que pretendían atraer á su partido. « Si se os probara, le dijo el emperador, que el santo concilio no ha hecho otra cosa que destruir las herejías, no tendríais estos sentimientos. — Si el concilio, contestó Auxencio, no ha decidido nada contrario al de Nicea, y si en él se ha declarado que nuestro señor Jesucristo ha tomado verdadera carne, y que la santísima Vírgen es Madre de Dios, entónces comunicaré con él, me adheriré á sus sentimientos, y daré gracias á Dios y á vuestra piedad. » — Muy satisfecho el príncipe con esta respuesta, ordenó que con grandes honores se le condujese á la gran iglesia. Envió también á decir al patriarca de Constantinopla, que diese á leer á Auxencio las actas del concilio de Calcedonia.

Trasladóse el Santo seguido de todo el pueblo: leyó

atentamente las actas del concilio, y en su consecuencia, declaró que se sometía con toda sinceridad á sus santos decretos. Se cree que entónces fué ordenado sacerdote, por más que su historiador no dice el tiempo en que recibió este órden sagrado. Regresó al monasterio de Hipaco, y suplicó que en lugar de que se le llevase al Monte-Oxio, se le condujera á la montaña de Siope, que estaba más próxima á Calcedonia. No podía escojer un lugar más apropiado para secundar sus deseos de entregarse enteramente á la penitencia. Era esta montaña más elevada que las demás de las cercanías, muy áspera y fria, y para proveerse de agua, era necesario buscarla á media legua al pié de la montaña, por un camino muy difícil. Los religiosos del monasterio de san Hipaco le acompañaron, entonando himnos y cánticos, y en una caverna le edificaron una celda de madera, que no tenía otra entrada que una ventana, por la cual hablaba con los que imploraban sus oraciones, ó venían á pedirle consejo.

Desde esta montaña ilustró este hombre incomparable á toda la Iglesia con sus virtudes, con su doctrina y con sus milagros. Combatió también con gran fortaleza las herejías de Nestorio y de Eutíques. Le visitaban frecuentemente los religiosos de san Hipaco, y otras muchas personas, á las cuales daba saludables instrucciones. Aconsejaba que no se trabajase el viérnes en honor de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, lo mismo que se hacía el domingo en honor de la Resurrección, y que aquel se consagrara al ayuno y á la oración, como éste se consagra al gozo y á la participación de los Sacramentos. De aquí se deduce la práctica de comulgar el domingo, que entónces se observaba.

Este Santo sufrió muchos combates de parte del demonio en el Monte-Oxio, y no los tuvo que sufrir menores en su nueva morada. Una noche le apareció un gran número de ellos, revistiendo cada uno diferentes figuras, capaces